

## EL DESARROLLO ECONOMICO Y LAS FUERZAS ARMADAS

por RUBEN OYARZUN GALLEGOS, Director del Seminario de Ciencias Económicas y Profesor Titular de Economía Política y Política Económica, Escuela de Derecho (U. de Chile).

Como ha escrito un conocido sociólogo norteamericano (Wright Mills), hasta fines de la segunda guerra mundial era posible hablar de "guerra" o "paz" como base de una elección razonable, porque cabía la perspectiva de balancear el costo de una guerra con sus posibles resultados. Pero la guerra total que podría derivar de la utilización de las llamadas "armas absolutas" ha puesto fin a toda pretensión de racionalidad en semejante elección. La cuestión de los objetivos estratégicos se ha hecho anticuada: los objetivos son las regiones del mundo. Igualmente anticuada resulta la distinción entre lo militar y lo civil. Cabe esperar que toda estrategia puramente militar termine ahora en la aniquilación mutua. La pericia militar, en su acepción tradicional, ha perdido sentido: todos los problemas de la guerra y la paz han pasado a ser problemas políticos y morales. La guerra ya no es "la continuación de la política por otros medios", porque ningún fin político puede alcanzarse con la guerra total.

Los economistas profesionales, por lo general, consideran a las instituciones militares como parásitos de los medios de producción económica. Los nuevos armamentos y la intensa actividad científica, técnica e industrial de donde derivan, quitan desde luego todo asidero real a tal criterio. "Las instituciones y fines militares han entrado a modelar en gran parte la vida económica de los Estados Unidos, sin la cual la maquinaria bélica no podría subsistir". Aunque puedan variar las apariencias, lo propio cabe decir de todas las grandes naciones, inclusive la Unión Soviética y la China Popular.

En el momento en que se logró liberar la energía atómica, la necesidad social más apremiante era su empleo en la guerra; por

ello —y no por mera coincidencia— la bomba atómica fue el primer empleo que se le dió a la nueva energía liberada de la naturaleza y sometida al control humano. Ahora, sin embargo, la necesidad social más apremiante no consiste solamente en canalizar esa inmensa fuente de energía cósmica hacia usos pacíficos y constructivos, sino también en producir, en el campo de las relaciones sociales, formas de convivencia internacional que imposibiliten su empleo para la destrucción de la humanidad.

Karl Manhein dice que, después de la etapa del descubrimiento y de la invención, la civilización humana, en conjunto, está penetrando en una fase de planificación, en que las deformaciones y los traumatismos generados en la organización social por el carácter asocial o incluso, antisocial de ciertas invenciones y de su empleo, tendrán que ser evitados o controlados por la planificación armónica de la vida social en todos sus planos, de modo que el hombre pueda ser agente y no sólo paciente del proceso de cambio social.

Las Fuerzas Armadas, que se encuentran entre las más conspicuas organizaciones de concentración de poder, no son producto de un crecimiento natural, sino que fueron planificadas desde el principio. Sin embargo, la teoría acerca del papel de las Fuerzas Armadas en una sociedad democrática y planificada se ha desarrollado poco, deficiencia que reviste particular gravedad para los países subdesarrollados.

La Segunda Guerra Mundial eliminó para siempre la distinción entre combatientes y no combatientes. Los civiles no solo fueron movilizados para trabajos de guerra y servicios de defensa civil, sino que con frecuencia estuvieron expuestos a riesgos mayores que en el frente. La coordinación futura entre soldados y civiles será, sin duda, todavía más completa e importante. La idea del "soldado-trabajador" de la Unión Soviética y de China Popular es también una previsión de las exigencias de la guerra total.

Todo ello habrá de fomentar las tendencias igualitarias y probablemente hará que las Fuerzas Armadas tengan un carácter más democrático que nunca. Las sociedades democráticas pueden transformar en virtud una dura necesidad, puesto que las nuevas realidades son propicias al desaparecimiento de las desigualdades sociales en favor de una igualdad que sea algo más que la mera "igualdad ante la ley".

La guerra y la tecnología moderna han hecho comprender a las naciones, y posiblemente a la humanidad, la lección de que todos compartimos un destino común, para bien o para mal. Si la educa-

ción en las Fuerzas Armadas se apega a la idea de que su espíritu es una salvaguardia esencial de la libertad y la igualdad, la educación para la democracia no será un fraude. Igual razonamiento cabría aplicar a las perspectivas de lograr las metas de la planificación del desarrollo: el enfoque integral del problema sociológico que éste supone no alcanzará tal nivel si no se concede la adecuada importancia a las aludidas Fuerzas.

Es imposible determinar con alguna certeza —expresa Myrdal— cuáles han sido los efectos de los aumentos de los gastos de Defensa sobre las economías de los países occidentales. La razón fundamental de esto es que resulta imposible decir cuáles habrían sido las políticas económicas y financieras seguidas en los diversos países, en ausencia de esos exorbitantes gastos en armamentos, y hasta qué punto esas políticas hubieran tenido éxito.

Suele decirse, con criterio simplista, que bastaría agregar el monto del presupuesto de Defensa al presupuesto de Educación para determinar importantes incrementos al bienestar común; en realidad nadie ha calculado todavía hasta qué punto ello sería un progreso, porque nadie ha calculado tampoco hasta qué punto las Fuerzas Armadas pesan en el producto nacional y en el desarrollo, ni mucho menos hasta qué punto puede prescindirse de ellas.

Nadie puede negar que los Estados Unidos y, directa o indirectamente, el resto del mundo, se enfrenten con una situación en que un alto nivel de actividad de los negocios y de ocupación depende ahora en grado considerable de que se mantengan los importantísimos gastos de la Defensa.

El crecimiento esporádico de las actividades no propiamente militares de las Fuerzas de la Defensa Nacional, por una parte, y la necesidad, por otra, de afrontar el desarrollo como un proceso integrado de cambio social, están dando sustento a iniciativas diversas que tienden a subsanar la falta de organicidad observada hasta ahora en aquel crecimiento y su carencia de coordinación con los planes nacionales de desarrollo y con las aspiraciones de integración regional.

La más reciente e internacionalmente importante muestra de preocupación en el sentido expresado nos la está dando el Gobierno francés con su proyecto de ley tendiente a la creación de "l'armée de métier", comentado en "Le Monde" los últimos días de Abril. Ya en 1934 el General de Gaulle escribió que, a su juicio, el Ejército profesional no era todo el Ejército, sino solo "seis divisiones de línea, motorizadas, enteramente transportadas sobre orugas, parcial-

mente blindadas", una élite compuesta de soldados de carrera. Ahora insiste en sus puntos de vista y los refuerza al mismo tiempo que destaca la importancia de las otras tareas que cumplen hoy las Fuerzas Armadas. Al efecto, el título primero del proyecto explica que el Servicio Nacional comprende: el Servicio Militar propiamente dicho; el Servicio de la Defensa, destinado particularmente, a la protección de la población civil; el Servicio de Cooperación, destinado a que los jóvenes franceses participen en el desarrollo de Estados extranjeros que así lo soliciten; y el Servicio de Ayuda Técnica, que ha de contribuir al desarrollo de los departamentos y territorios de ultramar. El comentarista advierte que "al proponer un amplio debate, el Gobierno ha querido seguramente que los franceses se habitúen a la idea del Ejército Profesional, aún sin esforzarse en absoluto por salvar las imperfecciones del sistema que propone". A nuestro juicio el proyecto es una evidencia concreta de la preocupación existente en la materia, pues, importa un explícito reconocimiento de que a las Fuerzas Armadas le competen hoy diversas funciones atinentes al desarrollo económico en su más amplia acepción.

Iniciativas como la reseñada despiertan lógicamente tenaz resistencia entre las gentes de armas que se apegan a los moldes filosóficos y técnicos consagrados. Lo curioso es que entre los propios planificadores económicos se observe una especie de "temor reverencial" frente a la necesidad de aprovechar económicamente el potencial militar.

¿Cuál es la influencia de las Fuerzas Armadas en los niveles nacionales de ocupación?, ¿cuál en la producción?, ¿cuál en el consumo?, ¿qué hacen en cuanto a formación básica del factor humano?, ¿qué en especialización de operarios calificados y de técnicos?, ¿cuánto aportan al conocimiento de los recursos naturales, a través de su permanente estudio del territorio nacional?, ¿cuál sería el costo de su reemplazo en éstas y otras muchísimas tareas que cumplen, aparte sus funciones profesionales, de las cuales tampoco está claro que pueda prescindirse sin más?, ¿en qué grado integran la estructura social?

De todas esas interrogantes podemos deducir, desde luego y sin perjuicio de ulteriores precisiones, la impostergable necesidad de abocarse científicamente al estudio de la significación de las Fuerzas Armadas en el panorama económico nacional, tarea que ya se ha iniciado en el Seminario de Ciencias Económicas.